

PASALO

J. FÉLIX
MACHUCA

LO QUE DA UNA PIEDRA

Deseamos que el Patio de Banderas siga dando las respuestas que esperamos

NO sé si esperaba tanto como el destino le ha deparado. Pero Miguel Ángel Tabales, responsable arqueológico del Alcázar sevillano, no tiene mucho que envidiarle a sus colegas que, por ejemplo, son responsables del estudio de Gizeh, del foro Trajano de Roma o del espacio iraquí de Babilonia. Cualquiera de esas tres responsabilidades científicas de estudios arqueológicos les pone los vellos como alcayatas a la estatua en bronce de Marco Aurelio que, como bien sabéis, se salvó de ser fundida para hacer moneda gracias a que la confundieron con el emperador Constantino, por entonces ya intocable por cristiano. A Miguel Ángel Tabales puede que le encantara abrirle las entrañas a los suelos faraónicos del desierto o dar con el cofre de oro donde se depositaron las cenizas de nuestro paisano de Itálica en su columna homenaje, tras su extraña muerte en Selinunte. Pero de lo que estoy seguro es que haciendo lo que hace, pese a los sudores y los sustos que arrastra un cargo como el que tiene, no echa de menos ninguno de esos destinos. Ser arqueólogo en Sevilla, tener el Alcázar como motivo de investigación y acumular años de buen hacer a su frente es para engordar sin necesidad de abusar del coma ibérico...

En la sala grande del Ateneo se ha citado hoy Miguel Ángel Tabales con los que quieren oírle. Será por la tarde y quiere explicarnos todo lo que ha hecho, hasta el momento, en el Alcázar con sus equipos técnicos y científicos. Una intervención

abierta y pública tan necesaria como estimulante, con un recorrido espectacular por las diferentes fases de las investigaciones. Claramente viajaremos desde el templo de Isis, la Gran Maga, la señora que abría el curso de la navegación con unas fiestas primaverales tan del gusto de esta ciudad, donde no faltarían en el río unas regatas tan competidas como las Sevilla-Betis de la actualidad, ¿o no llevo razón, Pepe Yañez?; hasta los grandes almacenes republicanos de la época de César que fueron damnificados por aquel tsunami del siglo III que recogen las crónicas y que se cargó parte del puerto y del bienestar de Hispalis. Con expectación esperamos oírle posibles nuevas noticias sobre el arranque palatino del primer espacio regio del rey taifa Al Mutamid, cuya dinastía abadí es rabiosamente local, construido sobre un barrio islámico decadente y residual que fue costeado por el oro de la cuenca aurífera del río Bambuk, en el alto Senegal, como tan brillantemente nos ha explicado en su tesis sobre el oro de los negros el doctor en Historia José Luis Villar. Se da la circunstancia de que en aquel tiempo, el oro más valorado en los mercados europeos, era el que las cecas de las taifas de Sevilla y Zaragoza convertían en dinares a mayor gloria de sus reyes.

Pero igualmente yo aprovecharía la ocasión para despertar de la siesta membrillera de este prolongado estío a los responsables políticos de turno. Para interesarlos por el futuro de la cripta tantas veces anunciada y tantas veces olvidada. Y, sobre todo, para saber si las casas de dominio público que suman el recinto del Alcázar y donde hay respuestas arqueológicas pendientes, podrán formar parte de futuras campañas de investigación. Es cuestión de voluntad. Solo de voluntad política. Una ciudad no se hace solo a golpe de polémicas sobre el cambio de ubicación de la carrera oficial. O por disputas municipales de dudoso brío para ver a quién le corresponde el medallón de ternera político por apuntarse la apertura del Primark. Una ciudad también se hace descubriéndola. Rescatándola para revivir un pasado que sigue siendo muy rentable. Me remito a las colas del Alcázar. Deseamos que ese Patio de Banderas siga dando respuestas que con tanto interés esperamos. Y que la medalla se la ponga el que quiera...